

las ruinas de un paisaje

¿Por qué impides a la selva entrar en los parques y devorar los caminos de arena transitados por los incestuosos, los rezagados amantes, en las tardes de fiesta?

Oración de Maqroll

Álvaro Mutis.

La gran añoranza, la gran pérdida del hombre, comienza con la expulsión del Edén. Nunca más, después de este exilio, la relación con la naturaleza será sencilla. Lo que antes fuera hogar protector se transformará en caos y en amenaza. Caín fundará la primera ciudad con el anhelo de encontrar otra vez el cobijo y la seguridad de lo acotado. Detrás de los muros habitará lo salvaje, el terror de la sombría extensión de los bosques, el vacío de las cumbres, el infinito océano.

Durante mucho tiempo conocimos los límites precisos entre la ciudad y la naturaleza. Y en ocasiones creímos encontrar una sombra del paraíso en los jardines. Sin embargo, al demoler las murallas, se diluyeron los bordes, no hubo ya más frontera. La ciudad arañó los campos y nació de esta situación una insólita mezcla: el *suburbio* y el *subagro*, órdenes inferiores contaminados, rara vez satisfactorios. Transformada la naturaleza en cultivo, en industria, en residencia, en vías de comunicación, aparecieron nuevos lugares, restos de una efímera existencia que a gran velocidad intentaban definir continuamente su identidad.

A la manera de un colosal edificio abandonado, colonizado y ocupado por extraños invitados, nos encontramos así frente a un patrimonio menos evidente: la ruina de los paisajes. Sentimos la inestabilidad del cambio. Un conjunto incompleto de fragmentos que permiten que exista la memoria. Un desconcertante grupo de imágenes superpuestas, de nombres apilados. Nombres recién inventados, nombres nuevos. Nombres que sólo nacen en la medida en que algo vive.

José Miguel Gómez Acosta